

mo del poderío? ¿Y los filósofos? Platón: jóvenes bellos, viejos sutiles, mitos y sofismas, banquetes y pórticos junto al mar. Berkeley: Ila y Filonooos, que destruyen ideas generales y materia en la caligine matutina de un parque inglés. Schopenhauer: descubrimiento del pensamiento y del dolor, de la voluntad y de la renunciación. Nietzsche: sol y destrucción; montañas nobles y blancas y la danza risueña del genio liberado. Stirner: anarquía dialéctica, soledad atroz, egoísmo evangelizante y elocuente rebelión extremista del tímido. Pero sobre todo he amado, entre cuantos piensan, a los destructores de costumbres, a los conocedores sin prejuicio de los hombres, a los desilusionados heroicos y tranquilos, a los que rascan los frenos del idealismo para mostrar los agujeros del encalado y deshacen el velo de plata para que el feo plomo sea pagado lo que cuesta. A los razonadores rigurosos, a los sin ideal, a los aduaneros intelectuales de la humanidad. Especialmente a los franceses: el prudente balanceo de Montaigne, el relampagueante volcanizar de Diderot, el esquematismo límpido y animado de Taine, y hasta el brioso escepticismo de Voltaire, el politeísmo moral de Brewster y el cinismo naturalista de Remy de Gourmont.

Este era mi mundo, mi verdadera patria y sociedad de hermanos. Hacían el fondo en esta divina ciudad del alma: las montañas de Leonardo; de monumentos, los héroes de Miguel Angel, tristes incluso en la victoria, y de cuadros, las luces y tinieblas de Rembrandt. Y se oían de cuando en cuando las cadencias solennes de las sonatas de Bach, los tiempos más apasionados de las sinfonías de Beethoven y los motivos heroicos de los coros de Wagner. Unicamente entre aquellos pensamientos, aquellas imágenes y aquellos sonos sentía el mundo digno de mí.

## XX

## LOS PEQUEÑOS VIVOS

Pero más fuerte que el amor por los grandes muertos era en mí el desprecio por los pequeños vivos. Por todos: por los que conocía y por aquellos a quienes nunca había visto; por los que me denigraban y por los que me aclamaban; por los que me salían al encuentro y por los que me huían.

Ningún hombre—quitados tres o cuatro compañeros de odios y aventuras—parecíame mi igual. Ninguno parecíame digno de juzgarme y ni siquiera de estar a mi lado. Creía en serio ser el único espíritu sin prejuicios ni anteojeras; sin falsedades, tonterías ni bestialidades en la cabeza; el único capaz de descubrir los engaños y arrojar a los usurpadores; de despoblar al Walhalla entero de viejos dioses y de idiotas modernos; de desnudar a toda cosa, a toda idea, de los rufianescos velos de la costumbre y de la convención; de librar a la Humanidad de todas las oprobiosas servidumbres mentales que la entorpecen. Quería librar, es decir, ayudar según mi idea, a los mismos a quienes despreciaba, y precisamente porque no eran libres, precisamente porque eran despreciables quería librarlos. Quería levantarlos hasta mí, y no inclinarme hasta ellos. Para hacerlos hombres les hacía comprender que eran animales; para demostrarles mi



amor, les pegaba. Si me inclinaba era únicamente para fustigarlos, para divertirme. Quería hacerlos dignos de mí, de mi tipo ideal de humanidad completamente libre, toda espíritu, completamente incrédula en cualquier fe. Como maestro hurafío, no intentaba fascinar con músicas y dulcedumbres, sino que quería despertarlos, sacudirlos, excitarlos. En aquel tiempo hubiera podido adoptar por lema de mi vida el verso del Petrarca:

“Sólo porque despierten otros vine”.

Pero no quería despertarlos por las buenas y con caricias, sino empujándolos y cogiéndolos por el pecho y sacudiéndolos contra la pared para que con la ira y la vergüenza de tan rudo despertar hubiese un estallido de energía, un gesto desdenoso de virilidad. Me comportaba con los hombres como los domadores con las fieras medio estúpidas y soñolientas de las colecciones zoológicas. Los pinchaba, los quemaba y fustigaba: los pinchaba con los más feroces sarcasmos que pudiese encontrar; los quemaba con palabras duras y desagradables y con acusaciones sinceramente despiadadas; los fustigaba mostrándoles cuán cobardes eran en la vida, cuán humildes en sus deseos, cuán primitivos en sus ideas, ignorantes de toda cosa y absolutamente incapaces de comprender a fondo y de razonar a derechas.

Nadie escapaba a mis rápidas ofensivas. Si no había discusión, la provocaba yo aposta, para improvisar dilemas o dar cintarazos sin compasión; si la disputa estaba ya encauzada, la torcía y desviaba de modo que quedase yo solo lanzando silogismos e improperios contra todos los demás; si llegaba de pronto un tímido, le obligaba a hablar para cogerle en falta y ponerle en ridículo; si me encontraba con un charla-

tán atrevido, experimentaba un gusto indescriptible en afrontar su osadía y reducirle al silencio.

Si había una mala verdad que decirle en su cara a cualquiera, yo era el primero y el único que se la decía, sin vueltas ni circunloquios; si me daba cuenta de un defecto, de una falta, de una flaqueza, no lo echaba en saco roto para utilizarlo como motivo de acusación o blanco para el ataque; cuando había que quitarse de encima un aburrido, un pelma, un pedante, un imbécil, los amigos acudían a mí, y raro era que no se marchase para siempre confuso y con las orejas gachas. Bastaba que yo supiese cuál era la más escondida tara de un hombre, para que precisamente sobre ella hiciese recaer la conversación, acusándolo sin cumplidos *coram populo*; y apenas adivinaba el punto más vulnerable y desagradable de una conciencia, no esperaba a más para decirlo y tocar aquel punto. De una frase inocente, dicha sin parar atención, era muy capaz de sacar las más impensadas consecuencias, certidumbres implícitas, afirmaciones ocultas, y sobre éstas daba y ahincaba hasta que el infeliz pedía gracia o huía. Pocas conversaciones me bastaban para reconstruir la psicología de un hombre, y cuando la había reconstruido se la ponía ante los ojos para que viese en ella como en un espejo y se ruborizase y avergonzara.

Todo me servía en esta guerrilla cotidiana contra todos: la citación erudita, la idea nueva, el nombre de una autoridad ignorada, el argumento *ad hominem*, la descomposición dialéctica, el examen de la palabra, la contradicción cogida al vuelo, la pirueta, la argucia, la gracia, la burla, la mirada de compasión, la sonrisa humorística, el guiño, la carcajada, la injuria! Con tal de que hiciese sentir sobre los hombros de aquellos idiotas indecentes la superioridad de mi talento y de mi doctrina, toda arma, toda actitud eran



buenas. Y si las víctimas no acudían a mí, iba yo a sacarlas de sus refugios y hacía por ir conociendo siempre gente nueva para tener donde elegir ánimos viles.

Conseguí así en poco tiempo una fama de terrible y descarado que me gustaba; se me miró como a un loco grosero y como el apóstol de la franqueza; como un sinvergüenza, del que era menester huir, y como un héroe de la sinceridad. Muchos, los más viles, se apartaron de mí como de un apestado; algunos, más dignos, me buscaron, resistieron y forzaron mi amistad. Pues que esta manera mía de proceder no era únicamente un desahogo necesario de mis instintos brigantescos y guerreros y un resultado natural de mi orgullo sin límites, sino también un método para probar a los hombres, un cernedor para escoger los mejores y los más fuertes. Quien tomaba a mal mis palabras se marchaba, que era lo que yo quería. Otros me odiaban y era también lo que quería, porque siempre he tenido más necesidad de enemigos que de amigos. Algunos me estimaban más, atraídos por mi misma violencia; soportaban de buena gana los regañíos y los insultos, porque comprendían que muchas veces decía la verdad y que la verdad así dicha podía beneficiar bastante más a los espíritus ajenos que a mis propios intereses. Algunos amigos me los he conquistado a fuerza de palos y malas palabras. Estos pocos, más agudos que los demás, se daban cuenta de todo el amor que había bajo mi desprecio, y sabían que bajo mi gorgonesca armadura de asaltante había un pobre poeta sentimental bastante más capaz de amistad que los jovenzuelos educados y peripuestos.

Tanto más cuanto que no siempre mi actitud era la de un asesino o la de un púgil. Me gustaba mucho, por ejemplo, turbar las conciencias con preguntas impensadas, graves, fundamentales; con una de esas pre-

guntas que nadie hace nunca y que incluso parecen absurdas e inútiles; de esas preguntas que nadie se atreve a dirigirse ni a sí mismo y que ponen en duda de nuevo las ideas más habituales del mundo, todos los valores, toda la vida. Quería obligar a los demás a reflexionar, a pensar, a examinarse de nuevo el propio ánimo, su futuro, sus ideales; quería empujar a cada cual dentro de sí allí donde no se descende de buena gana, y poner a cada cual cara a cara consigo mismo, para rehacerse, para tomar otro camino, para acelerar el paso, para no olvidar, si todavía era tiempo. Entre estos eternos y perezosos durmientes que son los hombres, es necesario que alguno tenga el valor de echar el alto ahí de la escolta, de tocar a diana antes del alba y de dar un buen restregón al colorette que pintarrajea los rostros, para que todo el mundo vea con espanto su fealdad y su vejez. ¡Quién no tenga fuerzas para mirarse la cara, caracterícese de nuevo y recite el papel del caballero, aunque sea un canalla, y el papel de genio, aunque sea tonto. No me importa. ¡He cumplido con mi deber!

Odiadme, maldecidme, desahogaos a mi paso. No se rehacen los hombres con ceratos y homeopatía. Son menester curas radicales y feroces. Hay que cortar donde sea preciso cortar; quemar donde ya hay podredumbre y sacar del blando nido de las costumbres a quien no conoce la fresca furia del viento y la saludable gelidez de la nieve sino a través de los cristales de su casa. Y si el aire os corta la respiración y os ahoga, tanto peor para vosotros y tanto mejor para los enterradores.

Yo no me arrepiento de haber sido demasiado franco y pendenciero. No se hace el bien sino atormentando; no puedo querer sino despreciando.



## YO Y EL AMOR

Han pasado los veinte años; la juventud desemboca ya en su pleno vigor; la vida más verdadera, en contacto con la humanidad concreta, ha comenzado y no se basta a sí misma, antes bien muestra querer verse, expandirse sobre los demás, sobre todos. Y no se habla de amor. ¿Cómo es eso?

Sin embargo, esta edad es la primavera clásica de los idilios románticos que hacen henchirse y estallar a los corazones más tímidos; es el pagano estío de todos los sentidos, el hercúleo julio de la lujuria irrefrenable, en que cada mirada es un deseo de placer, todas las manos buscan un cuerpo hermoso que acariciar y los besos son cálidos, como de fiebre, en los labios que no saben, no quieren, no pueden separarse. Esta es la estación de los amores en el año breve de la vida. Este es el tiempo en que la mujer, con las trenzas largas y las faldas cortas de la prima, o con los polvos de arroz de un rostro de treinta y cinco, entra en la vida del hombre y le plantea los primeros y más resistentes recuerdos en la carne o en el corazón. De ahora en adelante el hombre ya no está solo, y ya no es completamente suyo: la mujer, sea virgen o prostituida, empieza a poseerlo y a cambiarlo. Este, pues, sería el momento para las confidencias

de los tímidos afectos, de los padecimientos sentimentales y de las pasiones furibundas. ¿Por qué no se habla, entonces, de amor?

No, señora, (sólo a las señoras supongo que se les puede ocurrir semejante pregunta); no, señora.

Renuncie a toda esperanza. De amor no se habla aquí ni se hablará nunca hasta el fin. Si ha empezado a leer esta vida de un hombre con el deseo indiscreto de tropezar con alguna mujer, arroje de sí el libro y no vuelva a pensar en ello. No escribiré de amor y no presentaré mujeres de ninguna especie.

Si esto es una novela será una novela sin amor.

Si ésta es una historia será una historia sin mujeres. Será aburrida, manca, inverosímil, todo lo que usted quiera, sensitiva señora mía; pero así será y así debe ser y así la quiero yo; yo, que soy el dueño de mi vida, de mi alma, de mi obra.

Y no es, querida señora, que el amor no haya tenido parte en mi vida; todo lo contrario. Y digo amor en todos los sentidos: platónico y simiesco, espiritual y corporal, sentimental y sensual.

Ha habido mujeres en mi vida: no digo que muchas, entendámonos, por que no he sido ni podía ser un Tenorio; pero las ha habido y eran mujeres hechas y derechas, mujeres de carne y nervios, como las que se admiran en las grandes novelas y se desean en la vida.

Eran señoritas entusiastas y harto ardientes; eran simplemente muchachas sanas y sin ninguna mancha de literatura; eran, ¡ay de mí!, señoritas inteligentes, cultas apasionadas y sin prejuicios; eran, y no me avergüenzo de ello, prostitutas cínicas y melancólicas, que hacían su oficio mucho más honradamente que otras muchas... Y algunas de estas mujeres eran guapas, y otras eran únicamente graciosas, únicamente simpáticas o únicamente interesantes. Y yo las he



querido a todas, una tras otra, con el alma y con el cuerpo, o con el alma sola y con el cuerpo sólo, y he hecho con ellas el ingenuo y el audaz, el tierno y el celoso, el magnánimo y el cobarde, como todos los hombres con todas las mujeres. También he hecho yo mis buenas declaraciones con la voz temblorosa y estrechando las manitas, intentando besar antes de tiempo la boca de la cual esperaba el lánguido sí; también he estado yo bajo las ventanas, en las mañanas jóvenes de sol y en los crepúsculos malsanos, esperando la seña de una mano, el movimiento de una persiana, la aparición de una luz o de un pañuelo; también yo he visto centenares de cartas líricas y desesperadamente invocadoras y de celebración, selladas al final con la eterna y vana palabra de los amantes: *siempre*; y he apretado contra mi pecho otros pechos; y he besado más de una boca, y he hecho cerrar muchos ojos con mis caricias; y toda calle a trasmano me recuerda un nombre, una flor, una palabra — un nombre que ahora ya no digo; una flor seca y marchita dentro de un libro puesto a un lado; una palabra que quisiera olvidar...

Sí, querida señora mía, también yo he estado enamorado y algunas mujeres han estado — supongo — enamoradas de mí. Y yo las he hecho gozar y sufrir como los demás hombres y he conocido también yo las fiebres del deseo, las angustias de la incertidumbre, los tormentos de la duda, la tristeza de la espera, la pena de los celos y la divina inconsciencia del abrazo violento, cuando parece como si las dos almas quisieran escapar de los cuerpos enlazados para formar una sola.

Si no quiero hablar de amor no es que no lo haya experimentado en todos los grados y estilos. También yo tengo un alma, gentil señora, y un corazón lleno

de sangre y no siempre fui insensible, ni nací impotente ni me he desvirilizado nunca.

Conocí, apenas mozo, las ansias de los amores castos; perdí ya grande, regularmente, como todos, mi virginidad; pasé, a través de los amores ilícitos, las pasiones prohibidas y los noviazgos aprobados, y he terminado (¡también yo!) en el seno de las alegrías legítimas del santo matrimonio. Así, pues, podría usted decirme, no sin cierta razón: “¿Qué más te falta?...”

¡Si supiese, señora mía, lo que me ha faltado! Me ha faltado esto únicamente: la mujer ideal, la mujer que se adueña de verdad del alma y la cambia.

Me ha faltado, en suma, la mujer que pueda ocupar un lugar en la historia espiritual de un espíritu, en la novela cerebral de un cerebro: “El eterno femenino nos eleva.” Así será; no tengo ganas de meterme hoy con Volfrango Goethe. Pero debo confesar por mi parte que el eterno femenino ni me ha hecho descender, ni me ha llevado arriba ni abajo nunca.

La mujer no se me ha aparecido ni como la Beatriz que coge a uno de la mano y le despierta de los sueños materiales para conducirlo a las maravillas celestes, ni como la Circe, que a los hombres nacidos para la virtud y el conocimiento, transforma en cerdos gruñidores en los opulentos jardines de sombras y de bellotas.

Las mujeres no me han corrompido, pero tampoco purificado. Han estado a un lado, huéspedes agradables, o molestos en los momentos de reposo; tentativas de consuelo en los tiempos de náusea: vehículos deseados de alegría o de sufrimiento; compañeras queridas y cariñosas de mi pobre existencia; intermedios de voluptuosidad o de furor en mi dura vida de trabajador descontento; admiradoras exageradas e



injustas de mi obra; pero no, si he de ser groseramente sincero, guías, donadoras o inspiradoras.

Me han quitado, me han pedido — y yo les he dado un poco de mi vida, de mi juventud, de mi tiempo, de mis ilusiones, de mis pensamientos —, pero de ellas recibí nada. La historia interior de mi alma no ha sido enriquecida ni cambiada por su presencia.

No me quejo; todo lo contrario. He dado porque podía dar, y me ha quedado bastante — la mayor parte — para mí. Y a ellas no les he pedido nada por mi espíritu y nada podían darme. Sé muy bien que la mujer es por su esencia y necesidad una parásita, una aprovechada, una ladrona. Yo la he aceptado como es y la he tomado tal cual está hecha; me he dejado robar y he pagado puntualmente mis tributos.

En las cuentas de las alegrías y los sufrimientos estamos iguales: si he gozado, he hecho gozar, y si he hecho sufrir, he sufrido yo también. Por lo demás, no pido nada, y lo que he dado bien dado está. Pero de cuanto sé, veo y recuerdo, a mí no me han dado nunca nada, nada en absoluto, ni una idea, ni un poco de fuerza, ni mucho menos un impulso hacia las divinas alturas a que ha aspirado siempre mi espíritu inquieto.

¿Es que acaso no deben pedirse tales cosas a las mujeres? Puede ser; yo también propendo a tal opinión. Pero entonces tengo derecho a no hablar de ellas aquí, pues que tan sólo escribo acerca del alma de un hombre, y no ya del hombre entero.

¿O es que fué mía la culpa por no saber encontrar o comprender a la Beatriz que podía elevarme a los cielos? Es posible, posibilísimo, y, si fuese verdad, me arrepentiría de ello más que de todos mis pecados, porque debe de ser verdaderamente una maravilla tal sublimadora de hombres, ya sublimes por el propio destino.

En resumidas cuentas, no la haya encontrado o no la haya comprendido, no ha descendido a guiarme y no puedo hablar palabra de ella.

He aquí explicada en pocas — cara e impaciente señora — las razones de mi silencio sobre un argumento que tanto la interesa. Comprendo, por desgracia, que los motivos del silencio son más ofensivos que el silencio mismo; pero, ¿cómo quiere que yo lo remedie?

Si supiese fingir o decir mentiras hubiera podido revolotear sobre este punto o contestarla entremezclando aquí y allá de amorosos recuerdos esta desnuda narración de acontecimientos interiores. Pero es completamente inútil que lo intente; no lo consigo. Y no puedo escribir lo que no siento y hacer un lugar a lo que no fué.

Con todo, no quiero perderme irremediamente para con usted — y para con todas las mujeres que quieran, por casualidad, escucharme —. Y quiero dar aquí un ejemplo — pequeño, mínimo ejemplo — de lo que podrían ser mis reminiscencias sentimentales. Se trata de un recuerdo asaz lejano: del *primer* recuerdo de amor con que cuento en mi vida.

¡Noche de un agosto remoto! Bajábamos juntos de la colina, después de una de aquellas solitas cenas en el campo, de toda la parentela. Había conseguido quedarme atrás con *ella*, con la niña más pequeña, más abandonada, más triste, más semejante a mí.

La luna blanca sobre el polvo blanco del camino, sobre los caseríos blancos, sobre los olivos, que blanqueaban tras los muros recién enjabelgados, con la cal blanca aun, prestaba una iluminación de ensueño un tanto teatral a aquella hora.

Intentaba andar dentro de las sombras, y cuando íbamos a volver a la luz, mi mano, largo tiempo du-



dosa, buscaba la suya y en seguida la soltaba, con el sentimiento de haber cometido algo obsceno.

Mi corazón latía con demasiada fuerza para aquella edad, y el canto insistente y patético de los grillos perdidos en los campos casi me enternecía. E imaginábame las cabecitas negras con las antenas tensas, apenas fuera de los agujeros terrosos, junto a la hierba, refrescada ya por la noche, y me parecía que su verso igual era una pregunta vanamente repetida de amor y de felicidad.

También yo sentía necesidad, desde entonces, de un poco de felicidad. Y aquella noche tenía, por fin, el valor de decirle a *ella* lo que hacía tantos meses pensaba: el secreto de mis noches maníacas se desgranaba poco a poco, en frases breves e interrumpidas, bajo la blancura inolvidable de aquella luna de agosto. Ella me escuchaba, con el rostro blanco y tranquilo bajo el ala del sombrero de paja. Me escuchaba como en sueños, y de cuando en cuando decía que sí, siempre que sí, sin añadir una palabra más.

Yo coloreaba conmovido los particulares de mi quimera filistea: "En cuanto fuéramos mayores nos casaríamos ella y yo. Iríamos a vivir a una casa pequeña, toda para nosotros, en el campo, pero cerca de la población. Necesitábamos un huerto; un jardín un poco más grande, con muchas flores y un estanque en medio con peces rojos y florecillas amarillas entre los hierros de la verja. Pondríamos una buena sala, con un reloj pegado a la pared, y su buena péndola reluciente de metal; una mesa redonda con tapete rojo rameado, y los retratos de nuestros papás y nuestras mamás en sus marcos negros con filete dorado. Tendríamos muchos animales: un gato blanco con un collar azul celeste, palomas en el tejado, tres o cuatro gallinas para los huevos, un canario y un jilguero, en jaula, para oírlos cantar; un perro muy grande de

guardián, y tal vez una mona pequeñita como la que tiene el pajarero sobre la puerta de la tienda... Y estaríamos juntos todo el día, divirtiéndonos y queriéndonos mucho..."

*Ella* seguía diciendo que sí, siempre que sí. Para ella todo era natural, sencillo. Que hubiésemos de estar juntos toda la vida nosotros dos — ¡precisamente nosotros dos! — no la extrañaba nada.

Yo veía nuestra vida futura como conquista fatigosa, ideal lejano, largo esfuerzo, azaña seria. Ella, no. Parecía como si se tratase de hacer ruido, ruido de jugar — a un juego nuevo, inventado por mí: el juego de la vida. — Estaba sí, un poco ensimismada, pero su rostro paliducho de niña poco acariciada era plácido y tranquilo. No me entendía. No nos entendíamos. Me decía que sí porque no entendía. ¡Y pensar que mi sueño era tan atrocemente mezquino, tan de niño y tan burgués! Yo, no sé por qué, me quedé más triste que si me hubiese dicho que no. Y no le volví a decir nada.

Aquel fué mi primer encuentro con el alma de la mujer. Los demás fueron muy diferentes; pero sin embargo...

Ahora ya no volveré a hablar de amor en este relato — ni siquiera una vez —. Puede usted, querida señora, cerrar el libro y tirarlo. Y despreciarme profundamente, con plena conciencia.